

# La dialéctica presencia-ausencia: para una metapsicología de la presencia\*

René Roussillon

Sociedad Psicoanalítica de París

## RESUMEN

*El autor se propone esbozar una metapsicología de la presencia para comprender mejor, sobre todo, ciertos aspectos de la patología narcisístico-identitaria. Para ello se apoya en tres “analizadores clínicos naturales”: la experiencia de la separación, la experiencia de la capacidad de estar solo frente a la pulsión en presencia del objeto y la experiencia del encuentro primitivo entre la madre y el bebé. Intenta mostrar de qué modo estas experiencias contribuyen a la emergencia de una forma de simbolización primaria, previa a las formas de simbolización que toman a la ausencia como paradigma esencial.*

## ABSTRACT

*The author proposes to outline a metapsychology of presence to better understand, above all, certain aspects of the narcissistic-identity pathology. In order to do this, the author analyses three “natural clinical analysers”: the experience of separation, the experience of the capacity to be alone when faced with the drive in the presence of the object and the experience of the early encounter between the mother and the baby. The author attempts to show how these experiences contribute to the emergence of a form of primary symbolisation which appears prior to other forms of symbolisation which understand absence as an essential paradigm.*

**DESCRIPTORES:** SEPARACIÓN – NARCISISMO – DIFERENCIACIÓN – YO/NO-YO – DOBLE – ALUCINACIÓN VS. PERCEPCIÓN.

**KEYWORDS:** SEPARATION – NARCISSISM – DIFFERENTIATION – ME/NOT-ME – THE DOUBLE – HALLUCINATION VS. PERCEPTION.

---

\* Traducido por Patricia Suen del original *La dialectique presence-absence: pour une métapsychologie de la présence*. Publicado en *Tribune Psychanalytique*, n. 9, Presse Centrales. Lausanne, 2010, pp. 13-39.

## **La dialéctica presencia-ausencia. Para una metapsicología de la presencia**

### **Introducción y problemática**

El pensamiento psicoanalítico ha estado durante mucho tiempo bajo el primado de una teorización de la ausencia y de sus formas. La presencia iba de suyo, parecía que sólo las formas de la ausencia –pérdida, separación, castración y todas las formaciones de lo negativo– podían constituir un problema.

A lo sumo, en el análisis de la seducción, podíamos identificar un esbozo del tema de las formas de la presencia del objeto, pero era rápidamente clausurado por una teoría de la fantasía y de la proyección que adquiriría valor en tanto recurso del deseo frente a la ausencia y la falta.

Por ejemplo, M. Malher (1968), referente para muchas generaciones de psicoanalistas, se apoya sobre el par separación-individuación cuando reflexiona sobre la cuestión de la organización precoz de la psiquis. El encuentro está dado, primario, incluso toma la forma de una simbiosis primitiva, no puede ser objeto de un pensamiento, mejor aun, se opone al pensamiento. Porque el primer pensamiento, afirma a su vez W. R. Bion (1962), es el pensamiento del no-pecho: el no-pecho es el pecho ausente, ausente en la cita con el deseo primario, el pecho que no es encontrado allí donde se lo espera.

En este contexto, la simbolización aparece como simbolización de la ausencia, de la pérdida, de la separación, de la castración, de la falta; el analista, el objeto, es silencioso, está como retirado de la escena. Se efectúa bajo el primado de una posición paterna, separadora, llevando a cabo una separación en la supuesta fusión o simbiosis narcisista primaria, empujando a la renuncia de lo que necesariamente había tenido lugar, y que debía ser dejado para crecer, desarrollarse, tornarse autónomo.

Este modelo comenzó a verse en aprietos frente a ciertos cuadros clínicos particulares y, aun así, fue necesario cierto tiempo para percibir su insuficiencia. En general, comienza a tornarse más manifiesta en el abordaje de las problemáticas en las que el sufrimiento que yo llamo narcisístico-identitario ocupa el primer plano. En éstas, la cuestión de la diferenciación no toma sólo la forma de la diferencia de los sexos o de la diferencia generacional, toma también la forma de una dificultad que afecta la diferencia yo/no yo en sí misma, la diferencia yo/objeto en el seno de la presencia del objeto. Pero la clínica de las formas del

trauma revela también que ciertas formas de presencia pueden ser traumáticas –violencia, descalificación, maltrato, etcétera.

También se vio en aprietos cuando ciertos psicoanalistas comenzaron a considerar que no se podía continuar ignorando lo que los clínicos de la primera infancia (Malher, M., 1968) afirmaban fuerte y claro: no hay “fase simbiótica normal” (Dornes, M., 2002), no existe una fusión primaria y absolutamente dada de la que habría que separarse para diferenciarse. La diferencia está desde el principio (Decety, J., 2002, Rochat, P., 2006), al menos cuando las excitaciones pulsionales no desbordan las capacidades del bebé para continuar percibiéndolas. Y si la diferencia está allí desde el principio, entonces habrá que pensar en otro tiempo más, el del encuentro con el objeto, el de la construcción del vínculo con éste, el de sus condiciones de posibilidad, hay que comenzar por vincularse antes de separarse de otro modo. El problema de la relación primitiva es tanto el de vincularse con el objeto como el de separarse, por otra parte ambos están dialécticamente ligados, las dificultades de encuentro conllevan dificultades de separación tanto como las dificultades de separación pesan sobre el encuentro.

Otra “nueva problemática”, la de la síntesis, la unificación, la reunión de los estados subjetivos, la de la integración (Winnicott). El bebé, aun cuando se presenta unificado en gran medida respecto de su funcionamiento cognitivo (P. Rochat, 2006) conoce, por el contrario, estados subjetivos complejos y variados que forman una suerte de “nebulosa subjetiva”, según el término de M. David (1973), que necesita reunir para sentirse ser. La teoría psicoanalítica “clásica” de los fundamentos del narcisismo se había establecido, en parte, sobre ciertas bases que la clínica de la primera infancia no parecían confirmar, o al menos planteaba nuevos interrogantes sobre ciertos puntos esenciales.

Acabamos de señalarlo, a partir del momento en que el vínculo primario no está dado, ni en una simbiosis ni bajo ninguna otra forma, surge el problema de saber cómo se establece, es decir, ¿cómo se produce el primer encuentro, cómo se crean sus condiciones? A partir del momento en que el vínculo debe ser construido también puede fallar y las partes involucradas permanecer una al lado de la otra sin llegar a producir las condiciones de un encuentro. Todas estas cuestiones implican una “metapsicología de la presencia”, cuestiones que ésta debe confrontar para establecerse, y es a partir de ellas que propongo construir mi reflexión.

## La dialéctica presencia-ausencia

Y, para comenzar, se trata de no repetir el error metapsicológico anterior que consistía en intentar pensar la ausencia sin referencia a las modalidades del encuentro y de la presencia del objeto.

De lo que se trata, más que de una metapsicología de la presencia, es de formular algunos primeros puntos de referencia de una metapsicología del par presencia-ausencia, ya que una no puede ser pensada sin la otra, ni puede revelarse sin la otra.

Con respecto a esto, una experiencia, la de la separación, se presenta como el pivote a partir del cual la reflexión debe organizarse como uno de sus “analizadores” privilegiados. En la separación se revelan tanto las particularidades de la ausencia como las de la presencia, la separación y su horizonte pesan sobre el encuentro tanto más cuanto que revelan también cómo el encuentro se estableció y cuáles fueron sus particularidades. Si una metapsicología del par presencia-ausencia es posible, será seguramente en torno de la experiencia de la separación que deberá encontrar su punto de partida, incluso su fundamento.

Sin duda, no es azaroso que la problemática de la separación haya ganado en pertinencia clínica durante las últimas décadas. Sin embargo, la importancia que adquirió no está ligada únicamente a las particularidades de la experiencia de separación en sí misma, ni a lo que exige de la psiquis para ser metabolizada, y ni más de lo que está ligada al aumento del abandonismo ambiente. Se debió, fundamentalmente, al lugar que ocupa en el proceso de diferenciación yo-no yo.

En un primer nivel, podemos subrayar que en la experiencia de separación se efectúa un vaivén en el cual las huellas del encuentro y de la presencia anterior tienden a devenir representación de objeto e intentan sustituirse a la percepción del objeto ahora ausente; es en este punto en el que la experiencia de separación se presenta como un “analyzer clínico natural” del par presencia-ausencia. Pero debemos afinar más el proceso de lo que se presenta como una oscilación adentro-afuera. He propuesto la hipótesis según la cual, en la separación, representación de objeto y percepción de objeto deben despegarse una de la otra.

Tal formulación implica ya cierta concepción de lo que pone en juego la presencia, ya que supone una conjunción anterior de las dos, algo que hay que comenzar por clarificar antes de seguir avanzando.

En toda una parte de la obra de Freud, y en toda una parte de la teorización psicoanalítica aún actual, percepción y representación se oponen, ya que la representación se presenta como alucinación de la huella del objeto en ausencia

del objeto. En esta concepción uno percibe o alucina. Toda una concepción de la psicosis, por ejemplo, se funda en este postulado. Recién en *Construcciones en análisis* (1937), Freud parece introducir una teoría alternativa en la cual percepción y representación podrían ir a la par. Lo implícito de la teoría del delirio que propone contiene, en efecto, la idea de que el delirio es una forma de retorno de una experiencia pasada (por lo tanto alucinada), mezclándose con el presente (por lo tanto perceptivamente presente). Pero es en Winnicott (1958, 1971), a partir de la concepción que propone del objeto “encontrado-creado” y, de una manera más general, de la transicionalidad, que se introdujo decididamente una teorización sobre las condiciones de la conjunción de un proceso perceptivo aliándose a un proceso alucinatorio. En efecto, para Winnicott, la alucinación no se efectúa en ausencia de la percepción del objeto de la pulsión y para paliar esta ausencia, como clásicamente se sugería, sino que expresa aquello hacia lo cual tiende la pulsión, ya sea que el objeto esté presente o ausente. Si está presente, y es suficientemente adecuado, es decir suficientemente congruente con el objeto alucinado, la alucinación “triumfa” y el bebé experimenta el sentimiento de haber creado lo que encuentra. La alucinación expresa entonces el proceso primario y la percepción el proceso secundario. Su conjunción suficientemente armoniosa define así la condición de posibilidad de las experiencias transicionales para las cuales, como lo subraya Winnicott, la oposición adentro-afuera no es pertinente.

Tal hipótesis, que parece haber recibido las primeras formas de confirmación en las investigaciones en neurociencias, significa que lo que especifica la presencia del objeto no es la percepción, la percepción por sí misma, sino el encuentro entre un objeto alucinado y la percepción de ese objeto, la manera en la que la alucinación puede llegar a alojarse en la percepción, a mezclarse con ella<sup>1</sup> o, por el contrario, la manera en que la percepción viene a desmentir la alucinación. Una metapsicología de la presencia debe, por lo tanto, descansar sobre la exploración de las condiciones que tornan posible una suficiente adecuación entre objeto alucinado y objeto percibido, que tornan por lo tanto posible, un encuentro entre alucinación y percepción.

---

<sup>1</sup> Por otra parte, para ser más rigurosos, sería necesario superar la oposición percepción/representación en la medida en que lo que llamamos percepción debería más bien ser llamado “representación perceptiva” a causa de las operaciones de descomposición-recomposición que caracterizan al proceso perceptivo. Se trata, efectivamente, de un proceso profundamente complejo y activamente organizado aunque pareciera darse con la apariencia sencilla de un proceso cuasi pasivo.

Por otra parte, podemos observar también que la concepción que propone Winnicott de la creación de un objeto mixto, hecho de alucinación y percepción, hecho con la participación del sujeto aliándose a la del objeto, coincide con las propuestas de una serie de autores contemporáneos.

M. Little (1981), aunque evidentemente ella puede ser ubicada directamente en la filiación de Winnicott, propone la idea de la necesidad de experimentar lo que llama estados de “*oneness*” en los que se crean estados intermedios entre el yo y el otro. Esos estados son previos a los verdaderos procesos de diferenciación. Para diferenciarse hay que empezar por devenir “uno”, por hacer una piel común.

En el pensamiento de D. Anzieu (1974), la diferenciación de las “pieles” supone en efecto la creación previa de una “piel común” entre el bebé y su madre y, eventualmente, vivencias de “piel arrancada” si se producen separaciones demasiado bruscas o fracasos en la construcción de la piel común. Esta proposición ha sido el punto de partida de toda una reflexión sobre las envolturas comunes, en los grupos, las familias, las instituciones...

Por su parte, J. A. McDougall (1986) describió las formas patológicas de esta “piel común”, describiendo procesos en los cuales sólo hay un “cuerpo o una parte del cuerpo, para dos”. Yo propuse (R. Roussillon, 2008) que en esos casos todo parece haber ocurrido como si “la sombra del objeto” (Freud, 1915) hubiera caído sobre el cuerpo, la sombra del objeto, es decir, lo que éste no ha podido compartir con el sujeto, lo que no ha podido reflejarle en y por un compartir empático e identificatorio. La formación “un cuerpo para dos” (o un pensamiento, o una parte de lo uno o de lo otro de los dos sujetos) aparece entonces en un contexto de fracaso de la construcción de la “piel común”, según el concepto de Anzieu.

A su vez, G. Pankow (1983), esta extraordinaria clínica de la psicosis, ya había descrito anteriormente, en la economía familiar del psicótico y en relación al cuerpo de los sujetos psicóticos, formas de “agujeros”, residuos de partes arrancadas no diferenciadas o mal diferenciadas del cuerpo “familiar”.

Aún habría que agregar a esta lista, orientativa y no exhaustiva, algunos aspectos de las proposiciones de P. Aulagnier (1975) sobre los pictogramas del sistema pezón-boca o ciertos resultados de la clínica de la psicosis y del autismo de F. Tustin (1986) quien también describe vivencias de pezón “arrancado” que dejan un “agujero” en la boca del bebé.

Todos estos trabajos, aun cuando no lo hagan de manera explícita, suponen una formación psíquica común.

Podemos ahora pasar a una primera reflexión sobre las condiciones que tornan a esa “piel común” propicia para un proceso de diferenciación o, a “la inversa”, lo obstaculizan.

### **La simbolización primaria “en presencia del objeto”**

El interés de una formación psíquica común, de una “piel común” o de un “compartir experiencia” primario, sólo puede comprenderse bien vinculándolo con aquello que permite hacer posible la emergencia de una actividad de simbolización. El afecto primario se presenta como una sensación, una sensación corporal, “pegada” al cuerpo, por lo tanto vivida por el sujeto como una parte inseparable de sí, no simbólica. Pero si el afecto, la sensación, son “compartidos” y transformados en comunes por el ajuste y la sintonía afectiva de otro sujeto, empático e incluso identificado con el sujeto, entonces tiende a comenzar a despegarse del cuerpo, puede comenzar a tomar un lugar en un sistema de comunicación<sup>2</sup>.

El bebé está buscando experiencias en las cuales poder explorar sus posibilidades de acción sobre el mundo, el mundo inanimado y el mundo animado, su poder sobre el objeto. Cuando comienza a descubrir que sus sensaciones pueden ser “compartidas” por su madre o un objeto significativo de su entorno, éstas empiezan a convertirse en un medio de acción sobre el otro, un medio de intercambio, de comunicación de sus vivencias internas. En una época en la que el lenguaje verbal no está disponible, en la que los medios de comunicación entre el bebé y su entorno son aún muy limitados, la sensación y, de una manera más general, los afectos (emociones, pasiones, sentimientos, estados de ánimo... tanto como las sensaciones) parecen tener el poder de comunicar al objeto algo de sus estados internos. De comunicar, de compartir y de hacer reconocer sus estados. Luego volveremos más en detalle sobre las condiciones de este intercambio y este reconocimiento.

Pero, a partir del momento en que una sensación puede ser compartida, que un estado interno puede ser también experimentado por la madre o por otro personaje significativo del entorno, comienza a tener la posibilidad de ser “despegado” de su cuna corporal, puede convertirse en “mensaje”. El valor de mensaje de la vida pulsional no ha sido lo suficientemente subrayado, los tres tipos de representantes que Freud le reconoce a la pulsión, el representante-

<sup>2</sup> Para una mayor profundización de estos puntos, véase R. Roussillon, 2008.

afecto, el representante-representación de cosa, el representante-representación de palabra, todos producen formas de lenguaje. Con respecto al lenguaje con palabras va de suyo, por la definición misma, pero las representaciones de cosa también producen una forma de lenguaje, pensemos por ejemplo en lo que Freud llama, en 1913, el “lenguaje del sueño” o en ciertas formas de lenguaje de las “representaciones” o del acto, incluso al afecto se le ha reconocido, en primer lugar por Darwin (1889), el valor de un sistema lingüístico.

Si el afecto, la sensación o la emoción son compartidos, comienzan entonces a devenir “mensajeros”, comienzan a tener lugar en el sistema de intercambio y de comunicación, acceden a las formas de la simbolización.

El símbolo, el *symbolon*, es necesario recordarlo, es unión, reunión de dos partes separadas pero ajustables. Compartir el afecto logra esta unión de dos partes, se torna simbólico, factor de simbolización, en la medida misma en que reúne en una “piel común”, una “sensación común, a los dos partenaires. El afecto puede entonces comenzar a ser intercambiable, a valer como “intercambio afectivo”, como lo expresa el lenguaje. Es por eso que considero que, a partir del momento en que el afecto o la expresión mimo-gesto-postural son compartidos, comienzan a tener un lugar en la actividad de simbolización (suponiendo que no estén potencialmente inscriptos allí desde el principio).

Por lo tanto, hay modalidades de simbolización, de creación de un universo simbólico, que se llevan a cabo “en presencia del objeto”, esas actividades de simbolización, o de proto-simbolización, si se prefiere, representan incluso una condición para que la futura simbolización de la ausencia, de simbolización *en* la ausencia, pueda desarrollarse.

## **La capacidad de estar solo frente a la pulsión en presencia del objeto**

Considero además necesario, siguiendo a Winnicott (1958), establecer la importancia de otra experiencia “en presencia del objeto” en un esbozo de metapsicología de la presencia.

Este otro “analizador natural”<sup>3</sup> de la problemática de la presencia, es una

---

<sup>3</sup> Tal vez no sea ocioso decir algunas palabras respecto de esta noción y de lo que implica. La posición clínica no es una posición experimental, reposa en la existencia, la observación y el análisis de formas de experiencias gracias a las cuales un fragmento de la vida psíquica se torna



experiencia paradójica, una experiencia intermedia, una experiencia que desarticula la oposición subjetiva entre presencia y ausencia, entre presencia plena y separación. Winnicott lo ha formulado como “capacidad de estar solo en presencia del objeto”, pero me ha parecido importante subrayar que sólo adquiere todo su valor en caso de un incremento pulsional en el niño pequeño, de un incremento pulsional en dirección al objeto o, mejor dicho, como veremos, a su representación, es por eso que prefiero formularla como “capacidad de estar solo *frente a la pulsión* en presencia del objeto”. Antes de intentar hacer aparecer toda su complejidad metapsicológica, me parece necesario añadir que lo que Winnicott ha sido el primero en describir con respecto a la vida psíquica del bebé, presenta también formas más tardías.

Pude así describir la capacidad de estar solo “en presencia de la pareja”, como una experiencia pivote de la organización de la crisis edípica, y también la capacidad de estar solo “en presencia del padre” como un momento capital de la organización de la individuación en la adolescencia, en particular en su dialéctica con la capacidad de estar solo “frente al grupo”<sup>4</sup> que dirige el acceso a la “psicología individual” (Freud, 1921). Son todas formas en las cuales la capacidad primaria para estar solo frente al objeto se ve complicada por la presencia de otros objetos y de modos de relación entre los objetos.

Cuando la “capacidad de estar solo frente a la pulsión en presencia del objeto” no ha sido adquirida, el sujeto es presa de una forma de *double-bind*: o bien el objeto permanece discreto, es decir silencioso, y entonces el sujeto se siente potencialmente abandonado o soltado, o bien el objeto se manifiesta, y entonces el sujeto vive una amenaza de intrusión. Este doble vínculo es particularmente sensible en los sujetos que presentan estados de sufrimiento narcisístico-identitarios que siempre parecen tener que intentar paliar la doble amenaza de abandono o de intrusión, y esto es particularmente agudo durante la sesión analítica.

Es de destacar también, *a contrario*, que la capacidad de los analistas para practicar el análisis “cara a cara” o para trabajar con la forma de “conversación psicoanalítica” está subordinada al desarrollo de su capacidad “de estar solo en presencia de su analizando”. A la inversa, la dificultad para tolerar la presencia pulsionalmente investida del objeto, tiende a hacer creer que la simbolización

---

analizable, los “analizadores naturales” son el equivalente de los paradigmas experimentales en la clínica psicoanalítica.

<sup>4</sup> Con respecto a todas estas formas, véase R. Roussillon, *op. cit.*, 2008.

sólo puede tener lugar con la ausencia efectiva del objeto, o de un modo equivalente. Y, en consecuencia, uno puede verse conducido a pensar que no hay análisis posible frente a frente.

Estas observaciones sólo tenían por finalidad transmitir el interés en una profundización de la proposición de Winnicott. Retomémoslo ahora para abordarlo, al menos en su primera forma, la que constituye el prototipo de las siguientes.

Típicamente, el lactante y su madre están “en presencia” el uno del otro, pero sin relación aparente, sin relación manifiesta. Sin embargo, J. Bleger (1967) pudo hacer notar, de manera muy pertinente en mi opinión, que en ese caso es suficiente que la madre se levante para desplazarse o cambiar de cuarto, para descubrir que no es así, y que hay una forma de relación claramente presente. El lactante, a su vez, abandona el cuarto y se reúne con su madre. Por lo tanto existe claramente una relación, pero está implícita en la situación típica. Otros signos muestran que existe una relación: cada tanto, el lactante levanta la cabeza y mira a su madre, o la madre suspende su actividad por un breve instante y mira a su hijo. Digamos, por ejemplo que el niño juega y la madre teje o lee una revista (actividades que no requieren una concentración absoluta).

¿A qué juega el niño? Para que la experiencia ofrezca su máximo efecto significativo hay que suponer que el lactante juega “a la mamá”, juega a ser su madre, juega a darse a sí mismo lo que ella le ha dado. Juega “a la mamá” es decir que juega a ser la madre que da satisfacción al bebé, que comienza a introyectar la posición materna respecto de sí.

En la experiencia “típica”, el objeto es suficientemente discreto y silencioso para estar “ausentado”, para que su presencia pueda ser puesta en latencia y que una ilusión de soledad sea posible.

La investidura puede entonces “volverse” hacia la representación interna del objeto con la que un cierto “juego” se torna posible. Pero es suficientemente “perceptible”, conforme a la necesidad, para poder “verificar” que su aparición en el mundo de la fantasía y de la representación no lo hace desaparecer del mundo perceptivo, para poder permitir una exploración de las diferencias objeto-representación de objeto. El vaivén, del objeto a su representación interna, torna posible un trabajo de apropiación subjetiva progresiva del vínculo y de la diferencia entre objeto percibido “afuera” y concebido “adentro”. De esta manera, la paradoja de la situación torna potencialmente posible la exploración de la experiencia de la ausencia del objeto en la seguridad de su presencia.

Sin embargo, la cualidad de la experiencia subjetiva, su fecundidad, supo-

nen que la paradoja sea respetada, es decir que el objeto permanezca suficientemente discreto para hacerse olvidar y que el sujeto pueda soltar la percepción y el contacto con aquel para “experimentar” la ilusión de ausencia. Todas condiciones que pueden llegar a obstaculizar el valor subjetivante de la situación y de su dispositivo.

Para avanzar en el análisis de lo que está en juego en la situación típica, es necesario formular una hipótesis que Winnicott no evoca, pero que su profundo conocimiento del pensamiento de Freud nos permite pensar operando veladamente en su análisis. Freud subraya que “el narcisismo secundario”, por lo tanto los autoerotismos, es “sustraído al objeto”; hemos subrayado también que el objeto percibe lo que potencialmente está en juego en la actividad autoerótica del sujeto. De ambos lados de la línea de separación sujeto-objeto, la cuestión va a plantearse, entonces, respecto de cuál será la reacción del objeto frente a la apropiación subjetiva de la representación de objeto por el sujeto.

La clínica de la situación muestra que es un juego “en serio”. Ya que la madre no puede no ser sensible al hecho de que, en y por ese juego, el lactante comienza a aprender a prescindir de ella. Ella va a reaccionar a este desafío latente de su retoño dividida entre, por un lado, el orgullo por el progreso considerable que él logra así “en su presencia” (y de la libertad que esto otorga al bebé) y, por otro lado, lo que esto pone de manifiesto respecto de la separación y de la capacidad de diferenciación y de autonomía que él adquiere. Prefigura ya su futura partida, su futura capacidad para dejarla. Si el orgullo triunfa, la madre “sobrevive” a la apropiación subjetiva y a la introyección pulsional que ésta implica, si la tristeza y la amenaza de flexión depresiva triunfan, la madre se ve tentada a inmiscuirse en el juego (intrusión) o a retirarse (psíquicamente, afectivamente o de hecho) como una suerte de represalia por el abandono, el desprendimiento. Hay una suerte de diálogo mudo entre el lactante y la madre, ya que cada uno es sensible a los desafíos latentes de lo que se anuda en el juego del lactante.

Por lo tanto, para el lactante el interrogante es: ¿el objeto va a ser “alcanzado” por la sustracción representativa?, ¿va a “sobrevivir”? ¿va a ejercer represalias contra el derecho que él se arroga de semejante comercio con su representación? Todos estos interrogantes van a extraer de lo que ocurra o deje de ocurrir, la materia para una “respuesta” o una señal sobre la naturaleza exacta de las amenazas a las que se expone. Si el objeto se ausenta demasiado, se retira demasiado sobre su propia actividad, ¿es signo de que el vínculo es amenazado y debe ser restablecido? Sabemos que esta coyuntura es particularmente activada cuando el objeto se “deprime” o se retira afectivamente. Si el objeto se manifiesta dema-

siado, si es intrusivo, ¿no es porque “teme” que la representación lo sustituya, que apenas tolera ser de esa manera “utilizado” en representación y, en consecuencia, “asesinado” en la percepción?, etcétera. Cada reacción del objeto será evaluada en virtud de la problemática mayoritariamente activa en el sujeto en ese momento, ya que lo que se produce en el objeto, en una relación investida, es siempre considerado como un “mensaje” dirigido al sujeto.

Pero existe otra serie de coyunturas; el sujeto mismo, ¿soporta la discreción del objeto y la inevitable retracción relativa que la acompaña?, ¿necesita que la presencia del objeto sea acompañada necesariamente de una disponibilidad total?, ¿puede soportar ser “soltado” momentáneamente por la mirada o la atención del objeto?, ¿va a tener que aferrarse a él, pegarse a su contacto perceptivo? ¿O, por lo contrario, el sujeto, a su vez, va a retirarse, va a acentuar la pérdida de contacto con el objeto, va a retirarse y retirar su investidura?, incluso, ¿va a desarrollar una “evitación” del objeto, a intentar “borrarlo” de su percepción, alucinarlo negativamente?

En consecuencia, la hipótesis que propongo es que esta experiencia subjetiva contribuye a establecer la diferenciación subjetiva entre representación interna del objeto alucinatoriamente activado, y objeto “externo” tal como es percibido. Anteriormente, destacamos la superposición, de la alucinación de la representación del objeto con la percepción de éste en los procesos de encuentro-creación. Esta superposición se encuentra en el origen del registro de la ilusión primaria. Las experiencias en y por las cuales pueden separarse representación y percepción son de gran importancia, a la inversa, en los procesos de desilusión. Las experiencias que dirigen las separaciones de la representación interna y de la percepción externa suponen una experiencia “en presencia del objeto”, suponen un modo de “examen de presencia” en el seno de una metapsicología de la presencia. Sólo cuando esa separación ha podido ser experimentada, las representaciones del objeto en ausencia de éste pueden estar a disposición del lactante.

Si bien, prospectivamente, la experiencia de estar solo en presencia del otro “prepara” la futura separación, hereda también, retrospectivamente, condiciones de la presencia, condiciones de encuentros anteriores. Posee valor propio por lo que hace posible, por lo que actualiza, en su propio nivel, pero sólo adquiere sentido contextualizada en la historia del encuentro, en función del lugar que ocupa en la historia del encuentro. El juego del deseo autoerótico que puede desplegar en la experiencia de la soledad en presencia del objeto investido y, por lo tanto, el proceso diferenciador que lo sustenta, supone la construcción previa de una relación suficientemente segura con aquel, una relación ni dema-

siado amenazada de pérdida por un lado, ni demasiado amenazada de intrusión por el otro.

## El encuentro primario

Nos vemos ahora llevados a desarrollar lo que ya hemos anunciado respecto de las condiciones del encuentro primario, de la construcción del vínculo.

Después de los dos primeros “analizadores clínicos naturales” evocados, la experiencia de la separación y la experiencia de la soledad en presencia del objeto investido, debemos orientar nuestra atención sobre aquello que, en la presencia y la organización del vínculo, torna posible el estar solo en presencia del objeto, luego de soportar su ausencia. Las condiciones del encuentro primario serán, por lo tanto, nuestro tercer “análizador clínico natural” de la problemática de la presencia.

En consecuencia, ¿cómo deben organizarse el encuentro y la presencia para que el encuentro sea satisfactorio y que el vínculo se establezca en buenas condiciones? Uno sólo puede separarse verdaderamente, ya lo hemos señalado, de los objetos con los cuales se ha construido un vínculo suficiente y suficientemente seguro, uno sólo puede separarse de un objeto investido si éste ha sido previa y efectivamente encontrado como tal.

La hipótesis que voy a desarrollar ahora propone un modelo de la construcción del encuentro primario que intenta reunir una serie de trabajos surgidos tanto de la clínica del bebé y de las relaciones precoces, como de la observación directa de éstas y de un conjunto de trabajos surgidos de la psicología del desarrollo de la primera infancia. Este modelo se refiere, en primer lugar, a la organización de la relación primaria entre la madre y el bebé, pero supone también que, bajo las complejizaciones que la historia ulterior aporta a este primer esbozo del vínculo, el “fondo” de esta primera relación permanece presente y más o menos activo. *Por lo tanto, no es un modelo “genético”, es un modelo que, partiendo de la génesis, elabora una concepción metapsicológica de un componente esencial del vínculo humano.*<sup>5</sup>

Lo esencial del modelo se sostiene en la hipótesis de que, para que se organi-

<sup>5</sup> Se trata de un modelo actual con el que trabaja y que “trabaja” el equipo de investigación que dirijo, en el seno del Centre de Recherche en Psychologie et Psychopathologie Clinique (CRPPC) de la Universidad de Lyon 2.

ce un vínculo suficientemente seguro con un objeto investido, es necesario que éste sea progresivamente, *primero “percibido”, “construido”, y “concebido” como un doble de sí mismo*. Sólo así el “fondo” de la relación puede ser llamado “*homosensual primario*”, el placer se encuentra en la “danza” (D. Stern, 1985) del encuentro con otro semejante, un doble. Un “doble” es un otro semejante, un espejo de sí mismo, pero es un otro, no hay confusión entre uno y el doble. Un doble debe ser suficientemente “mismo” para ser un doble de sí, pero debe ser también suficientemente “otro” para no ser uno mismo.

Mi hipótesis supone que uno de los componentes esenciales de la investidura primaria y fundamental del otro como “objeto” descansa sobre la construcción progresiva de este objeto como “doble” de sí. Esta relación en doble se construye por el rodeo de un compartir y de un intercambio que se establece en dos niveles que deben ser diferenciados. El primer nivel es el de un intercambio “estésico”<sup>6</sup>, de un ajuste y de un intercambio de sensaciones corporales; el segundo nivel es el de un intercambio emocional, de una *intonía afectiva*.

### **El intercambio “estésico”<sup>7</sup>**

Es el primer nivel y el más fundamental, es el que condiciona la investidura libidinal primaria del cuerpo. Se observa a partir de la “coreografía” del ajuste mimo-gesto-postural recíproco entre madre y bebé que describe D. Stern (1985). A los gestos, mímicas, posturas de uno corresponden y se ajustan, aproximadamente, los gestos, mímicas y posturas del otro; volveremos sobre este punto esencial. Búsqueda, encuentro y alejamiento, el uno del otro, “respiración” del movimiento recíproco, forman una especie de “coreografía” corporal en la que se ajusta, se comunica y se transmite un cortejo de sensaciones así “compartidas” pero también reguladas. La investidura del cuerpo y de las sensaciones corporales del sujeto pasa por el encuentro con la investidura del reflejo que el objeto le comunica en reciprocidad por su ajuste.

El ajuste recíproco es profundamente inconciente, es también amodal, lo que significa que no es perfectamente “simétrico” sino que procede por co-

<sup>6</sup> N. de E.: Derivado del griego *áisthesis*, ‘facultad de percibir por los sentidos’. *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, Joan Corominas. Tercera edición, reimpresión octubre 1976.

<sup>7</sup> Retomo aquí el término empleado por M. F. Dispaux en su presentación en el Congreso de Langue Française presentado en 2002, en Bruselas.

rrespondencia modal. Al gesto del bebé, teniendo en cuenta los medios de los que dispone, en particular el escaso nivel de integración motriz, corresponde el gesto de la madre, teniendo en cuenta los medios de los que ella dispone y las capacidades de integración motriz que le son propias. El ajuste es recíproco, no es simétrico. Las capacidades de transferencia sensorial “amodal” permiten establecer correspondencias de un sentido al otro, de un movimiento al otro, de una percepción sensorial a otra, incluso al movimiento correspondiente, y son absolutamente esenciales para comprender cómo un otro puede ser también un doble. El “doble” puede ser un espejo exacto o un espejo “amodal”, es decir un espejo “aproximado”, pero puede ser también un espejo ajustado o ajustándose, es decir que lo importante es la búsqueda de ajuste, el proceso por el cual este ajuste es buscado (el sesenta por ciento de las interacciones entre bebé y su entorno son interacciones de ajuste).

Tres características, por lo menos, son esenciales aquí para comprender cómo se establece esta relación “en doble amodal”, y que me parece importante señalar en este contexto.

La primera de éstas se refiere a las capacidades “*de imitación*” innatas del bebé. Desde las primeras horas de vida (J. Decety, 2002, 2004) el bebé es capaz de reproducir las mímicas percibidas en el rostro del otro, de su madre, muy tempranamente investido, identificado y discriminado. De este modo, un diálogo mimético puede comenzar a ponerse en marcha, el bebé y la madre pueden “responderse” en eco, y así comenzar a explorar “desde el interior” los movimientos del otro, un cierto “conocimiento” de los estados estésicos y afectivos del otro parece así poder desarrollarse.

Pero la danza del encuentro sólo puede efectuarse si cada uno, pero particularmente el bebé, puede anticipar los movimientos o variaciones del otro. Se le puede dar crédito al aparato psíquico de la madre, que ha alcanzado una complejidad adulta, para poder llevar a cabo esta tarea sin demasiadas dificultades, si ella permanece en contacto con sus movimientos profundos y espontáneos. Por el contrario, ¿cómo puede el bebé anticipar los procesos manifestados por su madre? Es obvio que sólo lo puede hacer en cierta medida, y que una madre brusca, caótica, desbordará sus capacidades de anticipación. Cuando la coreografía materna no desborda sus capacidades, el bebé se va a apuntalar sobre una sorprendente aptitud para apropiarse de los lineamientos de “*ritmos*” que se desprenden del movimiento materno.

En efecto, los bebés están dotados de una capacidad para identificar, organizar, descomponer los ritmos de los movimientos o percepciones del otro que, en

la actualidad, comienza a ser suficientemente explorada por las investigaciones basadas en el desarrollo. El ritmo es el primer nivel de organización de una forma de temporalidad, que torna posible cierta “predictibilidad” de la madre y de sus movimientos. El ritmo define una “secuencia”, permite anticipar una continuación, identificar una regularidad y, por lo tanto, “prever” la secuencia siguiente. Pero, aquí también, es necesario comprender esta capacidad para identificar ritmos como relativa a una comprensión “amodal” de éstos. El bebé puede transponer los ritmos “escuchados”, en ritmos “vistos” o en “movimientos” rítmicos, puede descomponer las “melodías” de los gestos y transponerlas a melodías kinestésicas, auditivas o visuales (P. Rochat, 2008). Para ser aún más precisos, investigaciones recientes evidencian que los bebés son más expertos aún en las variaciones de ritmo que en los ritmos. Se pudo comparar así, y poner en paralelo las “improvisaciones” rítmicas de los duetos de jazz, y las que se pueden observar en la coreografía del primer encuentro entre la madre y el bebé. Para poder “improvisar” es necesario haber aprehendido la regla rítmica implícita, la improvisación supone un arte en el cual el respeto por las “reglas del juego” y la libertad se combinan y se armonizan.

Destacaremos que, en la imitación simétrica del otro se puede “hacer trampa” y reproducir fielmente la mímica del otro, lo que puede producir un efecto de malestar, “sonar falso”, “caricaturizar”, por el contrario en la imitación amodal se produce un efecto de realidad precisamente por el hecho de que ésta sólo es posible sobre la base de un verdadero intercambio estésico. Uno no puede contentarse con “mostrar” un sentir no experimentado, hay que sentir efectivamente para “transponer” una sensación de la manera apropiada “a un modo aproximado”.

Finalmente, el último componente del tríptico que exploro aquí, la “*ecoización estésica*” inherente a la cohesión y a la armonía de la coreografía primaria, cuando se logra alcanzar, *produce un afecto de éxtasis, un afecto de placer estético*. D. Melzer (1985) pudo subrayar la importancia del sentimiento estético en la relación primaria del niño con el rostro materno, pero éste sólo tiene sentido si la sintonía recíproca, la danza primaria, también le refleja al bebé la imagen de una cohesión y de una armonía que le permita sentirse también, en espejo, suficientemente “bello”. La investidura del rostro y del cuerpo de la madre ajustándose a los movimientos y estados estésicos internos del bebé produce un sentimiento estético en el cual el bebé percibe el reflejo de su propia “belleza” potencial. Bien reflejado, el bebé es “bello”, se siente bueno, mal reflejado, comienza a sentirse “feo”, vil, “malo” y portador de un mal ser, de un mal en



el ser. Es la investidura del proceso en el cual el bebé se siente “reflejado” por su madre, la que regula el estado “estético” del bebé, y más aún, su estado de ánimo y de ser.

El “*intercambio estésico*” primario permite, como lo hemos señalado, comenzar a explorar sensaciones y, por lo tanto, primeras formas de afectos, pero me parece necesario agregar a esta hipótesis fundamental, que la exploración no sólo concierne a los afectos sino también a los primeros procesos psíquicos de transformación y de procesamiento de los estados internos.

Los primeros “pictogramas” (P. Aulagnier, 1975), las primeras figuras de los “significantes formales” (D. Anzieu, 1987), los ideogramas (W. R. Bion, 1963), los continentes formales (T. Nathan), las proto-representaciones (M. Pinol-Douriez, 1984), en resumen, el conjunto de los primeros procesos del registro que yo propongo llamar la “*simbolización primaria*”, me parece también que son encontrados, investidos, puestos en escena y explorados en el seno de la relación del intercambio estésico primario.

D. Anzieu (*op. cit.*) siempre lo ha subrayado enérgicamente, los procesos psíquicos encuentran en las sensaciones y experiencias corporales la materia prima para su puesta en forma y su organización. Personalmente agregó que, en el modo de “intercambio”, en el tipo de acompañamiento y de reflejo que el objeto primario les provee, es de donde extraen a la vez la materia y la investidura para sus futuros desarrollos.

El narcisismo primario, la investidura del propio cuerpo y de su funcionamiento por parte del bebé, no es inmediato, ni directo, pasa por el intercambio estésico, por la mediación de la investidura ofrecida por el objeto de la que es testimonio, se “construye” en función de la naturaleza y del tipo de ajuste y de espejo que el objeto primario propone. Es en los fracasos de la coreografía corporal primaria donde se constituyen las fallas narcisistas a partir de las cuales las patologías llamadas “psicosomáticas” establecerán sus primeros cimientos.

## **El intercambio afectivo: la sintonía afectiva**

El intercambio estésico forma un fondo sobre el cual se va a establecer la posibilidad de una sintonía afectiva. Ya la investidura de las percepciones surgidas del propio cuerpo produce “sensaciones” y estados afectivos primarios, que prefiguran los futuros estados emocionales del bebé. Del afecto de sensa-

ción al de la emoción hay un *continuum*, la emoción se “compone” a partir de sensaciones primarias, es una forma complejizada de éstas. Del mismo modo, el ajuste en doble “amodal” debe prolongarse en una “sintonía afectiva” (D. Stern, 1985). La relación en doble continúa estableciéndose, debe continuar “construyéndose” hasta que el objeto sea “concebible” como diferente de su representación interna.

Pero de la misma manera en que hay sensaciones amodales, el intercambio emocional será también en doble “amodal”, es decir que hay, al mismo tiempo, correspondencia “en doble” en la sintonía afectiva y, al mismo tiempo, suficiente posibilidad de diferencia en las modalidades de expresión emocional para evitar las confusiones entre los dos *partenaires* de la relación en sintonía. D. Stern (*op. cit.*) propone una observación que permite completar nuestra representación de aquello que, desde la relación primaria, comienza a configurar la diferenciación entre representación y percepción de cosa. Este autor subraya la frecuencia de un tipo de ajuste materno, reserva además el concepto de ajuste específicamente para esta forma, en el cual la madre, cuando percibe que la expresión emocional del bebé no está adaptada, atenúa deliberadamente en su respuesta la intensidad emocional de su sintonización. Considero que esta forma de adaptación corresponde al hecho de comenzar a transmitir al bebé la diferencia entre un afecto “pasional”, intenso, adaptado a ciertas condiciones muy particulares, y un afecto-señal que se conforma con “representar” el afecto, dar una señal de su existencia. Así comenzaría a transmitirse la diferencia entre la cosa “en sí” y su simple representación.

Al interrogarse sobre la importancia de la sintonización afectiva amodal, B. Golse (2006) formula la hipótesis de que ésta supone para la vía afectiva un nivel “meta”, análogo al que sería el “sexto sentido” respecto de la sensorialidad. Todo contribuye una vez más a pensar que existe un nivel más genérico y abstracto que permite, más allá de las diferencias del modo de expresión, integrar en una misma matriz fundamental las diferentes formas de expresión. Se observará, a nivel anecdótico, que la tradición de los diferentes teóricos de la hipnosis desde Mesmer pasando por Puységur, Faria o, incluso, Noizet, sostiene desde el origen de las teorizaciones del siglo XVIII, la existencia de un tal “sexto sentido” que la noción aristotélica del “sentido común” intuyó en gran medida. Parece más que sólo probable que los procesos de la hipnosis, que han sido neuropsicológicamente revelados en estos últimos años por diferentes equipos de investigación (INSERM, 1995), deriven del mismo fondo que los del ajuste estésico y de la sintonía afectiva “amodales”. La hipnosis y las capacidades psicósomáticas

tan particulares que el estado hipnótico posee, podrían ser consideradas como un modo de persistencia de los modos de relaciones primordiales, como un re-encuentro con el “fondo” de la relación “en doble”. Por su parte, los teóricos de la hipnosis moderna han llamado “sincronización” al equivalente de los procesos descriptos por D. Stern en términos de ajuste y sintonía. Sin duda, hay que otorgarle a S. Ferenczi el reconocimiento de haber anticipado en gran medida la pertinencia del vínculo entre la hipnosis y la relación materna precoz, después del general Noizet<sup>8</sup>, pero con una amplitud clínica sin parangón respecto de la intuición primera de éste.

Para volver a la sintonía afectiva primaria, las descripciones efectuadas por los expertos en observación clínica “precoz” coinciden nuevamente en este punto al darle una forma más cercana a una coreografía emocional, hecha de un acercamiento, de un encuentro y de un alejamiento<sup>9</sup>, que a un “collage” o a una “fusión”. La sintonía, como el ajuste, es un movimiento, un proceso, no es un estado, ni un dato inmediato del vínculo o de la relación primaria. Para concluir con el conjunto de estas consideraciones respecto de la naturaleza de la relación primaria y, tal vez, del “fondo” que subyace a toda relación, diré que todo esto aboga a favor de pensar que la pulsionalidad, que se expresa a través de la tensión que caracteriza la relación “en doble”, es el signo de un valor fundamentalmente “mensajero” de la vida pulsional.

Junto al lugar de la descarga, generalmente considerada como una de las cuestiones fundamentales de la pulsión, también hay que poder reconocerle a la pulsión la dimensión de un sentido, de un vector de toda comunicación en dirección al objeto. Por lo tanto, el placer y la satisfacción dependerían tanto de la “descarga” de la tensión interna, desafío fundamentalmente “narcisista” de la pulsión, como del intercambio que el mensaje que ella porta hacia el otro torna posible, desafío en este caso “objetivante” de la vida pulsional.

Nuestro recorrido nos condujo de la cuestión de la construcción de la representación del objeto en uno mismo, de la producción del “reflejo” del objeto en la representación interna, a la de la representación de uno mismo a través del espejo del objeto. La capacidad de reflejar el objeto en uno mismo pasa por la historia de la manera en la que uno ha sido reflejado por el objeto, por la

<sup>8</sup> Ya desde mediados del siglo XIX, este autor propuso establecer una relación entre la relación hipnótica y la relación primaria entre la madre y el bebé. Sobre este tema, véase R. Roussillon, 1995. *Du baquet de Mesmer au baquet de Freud*. París, PUF. 18.

<sup>9</sup> Recuerdo que M. de M'Uzan, en ocasión de una conferencia en la SPP, había subrayado una forma de “respiración” de la relación psicoanalítica en términos muy parecidos a éstos.

manera en que ha podido asegurar una función espejo “identificante” de nuestros estados internos. Si es en el momento en que el espejo ya no está allí que uno puede verdaderamente comenzar a aprehenderse a sí mismo, ese momento decisivo sólo puede ser el “comienzo”, si ha sido precedido por la instalación de una función reflexiva heredera del espejo primario.

Para concluir, espero haber comenzado a mostrar que no sólo una metapsicología de la presencia es posible sino que, incluso, es indispensable para toda una serie de exploraciones clínicas contemporáneas, sobre todo, en lo que respecta a las formas de sufrimiento narcisístico-identitario en las que la cuestión de la presencia está fundamentalmente implicada. Me gustaría concluir con una observación que abriría un nuevo capítulo de la dialéctica presencia-ausencia. Una metapsicología de la presencia debe también asumir la cuestión de las relaciones entre las modalidades de “presencia” hacia el otro y las modalidades de presencia hacia sí. Propondría de buen grado la idea según la cual la capacidad para estar presente frente a lo que pasa en uno mismo, para ser “conciente” de lo que pasa en uno mismo, para utilizar una formulación más tradicional, depende íntimamente de la capacidad para estar presente para el otro. Es en un mismo movimiento que conciencia de sí y conciencia del otro se desarrollan y se profundizan.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Anzieu, D. (1974). Le Moi-peau. *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, (9), 195-208. [Versión castellana: (1984). El yo-piel. *Imago: Revista de psicoanálisis, psiquiatría y psicología*, (11), 45-55].
- Anzieu, D. (1987). Les signifiants formels et le moi-peau. *Les enveloppes psychiques* (pp. 1-22). Paris: Dunod. [Versión castellana: (1990). Los significantes formales y el yo piel. En: *Las envolturas psíquicas* (pp. 15-37). Buenos Aires: Amorrortu].
- Aulagnier, P. (1975). *La violence de l'interprétation*. Paris: PUF. [Versión castellana: (1977). *La violencia de la interpretación: del pictograma al enunciado*. Buenos Aires: Amorrortu].
- Bion, W. R. (1983[1962]). Une théorie de l'activité de pensée. En: *Réflexion faite* (pp. 125-135), Paris: PUF. [Versión castellana: (1977). *La violencia de la interpretación: del pictograma al enunciado*. Buenos Aires: Amorrortu].
- Bion, W. R. (1979[1963]). *Éléments de la psychanalyse*. Paris: PUF. [Versión castellana: (2000). *Elementos de psicoanálisis*. Buenos Aires: Hormé].
- Bleger, J. (1981[1967]). *Symbiose et ambiguïté*. Paris: PUF. [Versión castellana: (1972). *Elementos de psicoanálisis*. Buenos Aires: Hormé].
- Darwin, C. (2001[1889]). *L'expression des émotions chez l'homme et les animaux*. Paris: Payot & Rivage. [Versión castellana: (1972). *La expresión de las emociones en el hombre y en los animales*. Buenos Aires: Sociedad de Ediciones Mundiales].
- David, M. & Appell, G. (1973). *Löczy: ou le maternage insolite*. Paris: Le scarabée. [Versión castellana: (1986). *La educación del niño de 0 a 3 años: experiencia del Instituto Löczy*. Madrid: Narcea].
- Decety, J. (2002). Naturaliser l'empathie. *L'encéphale*, 28(1), 9-20.
- Decety, J. (2004). L'empathie, est-elle une simulation mentale de la subjectivité d'autrui? En: A. Berthoz, G. Jorland (Eds.). *L'empathie* (pp. 53-88). Paris: Odile Jacob.
- Dornes, M. (2002). *Psychanalyse et psychologie du premier âge*. Paris: PUF.
- Freud, S. (1984[1913]). L'intérêt de la psychanalyse. En: *Résultats, idées, problèmes*. Paris: PUF (pp. 212-213). [Versión castellana: (1980). El interés por el psicoanálisis. En: *Obras Completas* (Vol. 13, pp. 165-192). Buenos Aires: Amorrortu].

- (1968[1915]). Deuil et mélancolie. En: *Métapsychologie* (pp. 145-171). Paris: Gallimard. [Versión castellana: (1986). Duelo y melancolía. En: *Obras Completas* (Vol. 14, pp. 235-255). Buenos Aires: Amorrortu].
- (1968[1921]). Psychologie des masses et analyse du moi. En: *Essais de psychanalyse* (pp. 83-176). Paris: Payot. [Versión castellana: (1979). Psicología de las masas y análisis del yo. En: *Obras completas* (Vol. 18, pp. 63-136). Buenos Aires: Amorrortu].
- Freud, S. (1985[1937]). Constructions dans l'analyse. En: *Résultats, idées, problèmes II* (pp. 269-281). Paris: PUF. [Versión castellana: (2004). Construcciones en el psicoanálisis. En: *Obras completas* (Vol. 23, pp. 255-270). Buenos Aires: Amorrortu].
- Golse, B. (2006). Naissance de la pensée et aléas de son développement. *L'Information Psychiatrique*, 82(9), 713-721.
- McDougall, J. (1986). Un corps pour deux. En: Mac Dougall, J. et al., *Corps et histoire* (pp. 9-43). Paris: Les Belles Lettres. [Versión castellana: (1991). Un cuerpo para dos. En: M. Bekei (Comp.), *Lecturas de lo psicósomático* (pp. 67-95). Buenos Aires: Lugar].
- Mahler, M. (1977[1968]), *Psychose infantile: symbiose humaine et Individuation*. Paris: Payot. [Versión castellana: (1986). *Simbiosis humana: las vicisitudes de la individuación: psicosis infantil*. México DF: Joaquín Mortiz].
- Meltzer, D. (1985). L'objet esthétique. *Revue française de psychanalyse*, 49(5), 1385-1389.
- Little, M. (1991[1981]). *Des états-limites*. Paris: Des femmes.
- Rochat, P. (2006) *Le monde du bébé*. Paris: Odile Jacob.
- Pankow, G. (1983). *Structure familiale et psychose* (2e éd. augm. et rév.). Paris: Aubier Montaigne. [Versión castellana: (1979). *Estructura familiar y psicosis*. Buenos Aires: Paidós].
- Pinol-Douriez, M. (1984). *Bébé agi-bébé actif: l'émergence du symbole dans l'économie interactionnelle*. Paris: PUF.
- Roussillon, R. (2008). *Le jeu et l'entre je (u)*. Paris: PUF.
- Stern, D. N. (1974). Le but et la structure du jeu mère-nourrisson. *La psychiatrie de l'enfant*, 26(1), 193-216.
- Stern, D. N. (1989[1985]). *Le monde interpersonnel du nourrisson*. Paris: PUF. [Versión castellana: (1991). *El mundo interpersonal del infante: una perspectiva desde el psicoanálisis y la psicología evolutiva*. Buenos Aires: Paidós].

- Tustin, F. (1989[1986]), *Le trou noir de la psyché: barrières autistiques chez les névrosés*. Paris: Seuil. [Versión castellana: (1989). *Barreras autistas en pacientes neuróticos*. Buenos Aires: Amorrortu].
- Winnicott, D. W. (1976[1958]). *De la pédiatrie à la psychanalyse*. Paris: Payot. [Versión castellana: (2002). *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós].
- (1971). *Jeu et réalité: l'espace potentiel*. Paris: Gallimard. [Versión castellana: (1991). *Barreras autistas en pacientes neuróticos*. Buenos Aires: Gedisa].